

Martín Martínez Pascual

* Valdealgorfa (Teruel) - 11 noviembre 1910
† Valdealgorfa (Teruel) - 18 agosto 1936

En Valdealgorfa –provincia de Teruel– vivía el matrimonio formado por Martín y Francisca. Martín era carpintero y, al parecer, tenía una posición acomodada. El 11 de noviembre de 1910 había alegría y movimiento en la casa: Francisca dio a luz un niño. Al día siguiente lo bautizaron con el nombre de Martín.

Podríamos resumir su infancia en tres palabras: listo, simpático y travieso. Lo de travieso lo conservaría hasta los estudios de Filosofía. De ahí en adelante todos coincidirán en otra palabra: bueno. Lo de listo y simpático parece que le duró toda la vida. Lo poco de vida que le dejaron serlo, porque a los veinticinco años unos milicianos se la quitaron. De los treinta Operarios mártires, Martín fue el más joven.

Pero volvamos a la infancia. Como el muchacho era listo, sus padres quisieron que se hiciera guardia civil. Con un poco de suerte podía hacer carrera. Pero allí, en Valdealgorfa, estaba D. Mariano Portolés, un sacerdote preocupado por las vocaciones, que se había fijado en Martín. Al muchacho le gustó la propuesta de D. Mariano más que la de sus padres, y decidió irse al Seminario.

En Belchite estaba el Seminario menor de Zaragoza. En él dejó Martín padre a su travieso y simpático hijo Martinico. De Belchite pasó al Seminario mayor de Zaragoza, donde fue recibido por D. Vicente Lores. La lectura de *Historia de un alma* de santa Teresa del Niño Jesús, en los años de Filosofía, supuso un cambio profundo

en su vida. Sus condiscípulos reconocían con naturalidad que Martín era el mejor de todos. Estaba decidido a ser santo y con deseos de irse a misiones. Algunas dificultades se lo impidieron. Entonces decidió hacerse Operario. D. Antonio Rocamora, un Operario que conocía muy bien a Martín, escribe al director general de la Hermandad informándole sobre dicho alumno: «Se trata de un seminarista con el cuarto de Teología aprobado; notas de sobresaliente, por lo menos me parece recordar, en toda la Teología; le tengo por el más piadoso del Seminario; es muy activo, servicial e inteligente en cualquier asunto que se le confíe». En 1934, con el permiso de su arzobispo, ingresó en la Hermandad. Lo hacía con el deseo expreso de infundir este espíritu misionero en la formación de sus futuros seminaristas. Antes tuvo que vencer la resistencia de sus padres, que querían tenerle cerca y contar con su ayuda.

Ese mismo año pasó a Tortosa. Al año siguiente, el 15 de junio, fue ordenado sacerdote. ¡Con tanto como lo había deseado y qué poco tiempo le dejaron para ejercerlo! De su estancia en Tortosa nos queda este testimonio: «Su mayor placer era ser ocasión de alegría y bienestar para sus compañeros».

El curso 1935-1936 lo comenzó en el Colegio de San José y en el Seminario de Murcia. Fue su primer y único destino. Muy eficaz en su tarea. ¡Lástima que durase tan poco! Ya en abril los incendios y persecuciones obligaron a cerrar temporalmente tanto el Colegio como el Seminario. Simpático y bueno este D. Martín. Y plenamente entregado a sus alumnos. Cuando la situación política era peligrosa, se vestía con un mono de mecánico y salía a dar unas vueltas por la ciudad oteando el ambiente para tratar de evitar posibles peligros para el Seminario.

Como otros muchos Operarios, el 26 de junio comenzó en Tortosa los Ejercicios espirituales, que se prolongarían hasta el 5 de julio. Los dirigían los sacerdotes D. Isidoro Bover y D. José Pascual Carda, e intervenía con una plática D. Pedro Ruiz de los Paños: los tres fueron mártires. Y de los treinta mártires de la Hermandad, veintidós estaban allí reunidos.

Al finalizar marchó a su pueblo, pero antes pasó unos días en la casa de su hermana Magdalena. En Valdealgorfa celebraba la Misa en un convento de religiosas, hasta que el Comité lo clausuró llevándose las llaves. En el sagrario quedaba el Santísimo. Una novicia sacó las Hostias consagradas cambiándolas por otras sin consagrar y se las llevaron a D. Martín. Él conservará este tesoro hasta momentos antes de su muerte.

Desde el día 26 tuvo que comenzar a ocultarse. Primero en su casa, pero allí no estaba seguro. De hecho, fueron a buscarle unos milicianos armados; afortunadamente, poco antes fue avisado y, saltando las tapias de varios corrales, se refugió en la casa de una vecina. Durante tres o cuatro días, muy a escondidas, iba a cenar y dormir a la casa de sus padres, aunque pronto dejó de hacerlo. Una señora le llevaba la comida. Así estuvo unos quince días, en el piso alto de la casa, sin que los hijos pequeños de la dueña se enteraran de nada.

El 8 de agosto tuvo que presentarse en el Comité para firmar que estaba en el pueblo. Comprendió que estaba firmando su sentencia. Los milicianos se enteraron de su paradero. Martín, para no comprometer las vidas de aquella familia, decidió cambiar de escondite. Regresó a su casa con intención de marchar a Zaragoza. Estuvo poco tiempo. Su madre pidió a un amigo que lo recibiera en su casa, y este aceptó. Cinco días pasó en el pajar de la casa. Hasta que se corrió la voz de su paradero y fueron a buscarle; por suerte, no lo encontraron. Se acordó que lo mejor era que huyese de noche a una cueva que dicho amigo tenía en una finca del campo. El joven D. Martín, a sus veinticinco años, parecía una alimaña perseguida por perros de caza.

El día 18 dieron un bando por tercera vez, para que todos los que tuvieran algún sacerdote lo entregaran, si no querían ser pasados por las armas. D. Martín escapó a la cueva. Los demás sacerdotes se entregaron y fueron encarcelados. Les faltaba Martín. Los milicianos fueron a su casa y detuvieron a su padre, «obligándole a que les descubriera el escondite de su hijo». Martín padre les indicó otra dirección. Cuando se enteró D. Martín, dejó la cueva y se presentó

al Comité. Los milicianos del pueblo hicieron lo posible por salvarle la vida, alguno dijo a los forasteros que era un estudiante, pero al ser preguntado, Martín confesó la verdad: era sacerdote. Apenas estuvo unos minutos preso. Lo suficiente para repartir la comunión a sus compañeros sacerdotes. Cuando llegó de la cueva el amigo que le había dado la noticia de la detención de su padre, oyó los disparos de la muerte. ¡Tanta prisa se había dado D. Martín en bajar, pensando en el peligro de su padre! De la cárcel los habían llevado a un camión y en este fueron conducidos a las afueras del pueblo. Un miliciano le ordenó que se pusiera de espaldas. Él contestó que quería morir de frente.

Antes de caer gritó: ¡Viva Cristo Rey! Eran las 6 de la tarde del 18 de agosto. Aún no había cumplido un año de sacerdocio. En el pueblo conservaron la imagen de un vecino joven, simpático y muy bueno que había muerto por ser sacerdote.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Oh Dios, que con la sangre de tus sacerdotes
Martín y compañeros
fecundaste su labor apostólica,
orientada especialmente a la formación sacerdotal,
concede, por su intercesión,
que surjan en tu Iglesia dignos ministros del altar,
que nosotros seamos fieles en el servicio de tu Reino.
y la gracia que te pedimos.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID

postulacion@sacerdotesoperarios.org - www.sacerdotesoperarios.org